

Era costumbre entre los fenicios, segun refiere San-choniaton, (1) que en las calamidades públicas fuese inmolado por el fuego un hijo del rey, para aplacar la ira de Moloch; (2) costumbre que tenian tambien los Tirios y los Cartagineses.

Habia al efecto una estatua que representaba la expresada divinidad, que describen los autores, aunque con alguna variedad.

Segun los Rabinos, la estatua era de bronce, sentada sobre un trono del mismo metal, adornada con las insignias reales; su *cabeza* era como la de un becerro, y sus *brazos* estaban extendidos en actitud de abrazar alguno. (3)

Diódoro de Sicilia dice tambien que era de bronce con los *brazos* y *manos* inclinadas hácia abajo: de manera que cuando se ponía en ellas un niño, caía al momento, é iba á morir en un *brasero* que se mantenía encendido en un hoyo á los piés de la divinidad. [4]

Pablo Fogio dice, que era una *figura hueca*, en que se habian dispuesto *siete especies de alacenas*, una para ofrecer allí *harina*; otra *tortillas*: la tercera una ove-

[1] De rebus Pheniciis.

[2] Martinetti. Collesione classica. tom. 3, § 30, página 130.

[3] Biblia de Vencé, tom. 3. Disert. sobre Moloch, &c., part. 1, § 2.

[4] Diódoro de Sicilia apud Euseb.. lib. 4, c. 16. Prep.

ja; la cuarta, un *carnero*; la quinta, un *becerro*; la sexta, un *buey*, y la sétima, un *niño*, que quemaban calentando la estufa por dentro: tenia cara de *becerro*, y las manos extendidas como para recibir alguna cosa. (1)

En el libro 2º de los Reyes, cap. 17, v. 31, se habla de una *máquina encendida*, dentro de la cual los *sepharveos* inmolaban sus hijos en honor de *Adromelech* y de *Anamelech*.

§ 7.

La estatua de *Moloch*, entre los cartagineses era de bronce y tenia las manos extendidas: en esta estatua se metian los niños para sacrificarlos á Saturno, poniéndola al fuego para que muriesen abrasados en medio de horribles tormentos. Lo mismo hacian los Sirios, los Fenicios y los Africanos.

Selden, Grocio, Bronfrerio, y otros autores, creen que Moloch era lo mismo que el Saturno de los Fenicios y de los cartagineses, al cual ofrecian víctimas humanas los latinos y los griegos. [2]

[1] Biblia de Vencé, tom. 3. Disert. sobre Moloch, etc., § 2.

[2] Lactancio, lib. 1, cap. 22, de fols relig.

Aunque el Saturno cartaginés vino del fenicio, este era de una forma distinta de aquel. Del sacrificio de niños hecho al primero, y de hombres al segundo, se cree que se originó esa costumbre cruel que se extendió á todo el mundo. [1] En comprobacion pueden citarse varios pasajes de la Escritura, de los cuales puede deducirse, que de los Amonitas pasó á los Fenicios, Cartagineses, Cananeos é Israelitas. (2)

Por último, el *Valle de Josafat* se llamaba tambien *Jofet* ó sea Valle de la Sangre, por el bárbaro culto que se tributaba á *Moloch*, tremenda divinidad, á la que los parientes mismos, lo cual no era raro, sacrificaban sus propios hijos, haciéndolos pasar á través del fuego, cuyos gritos se sofocaban con el ruido de instrumentos músicos. (3)

§ 8.

Se ha procurado investigar el origen de todos estos sacrificios humanos: algunas indicaciones se han

(1) Biblia de Vencé, tom. 3. Disert. sobre Moloch' etc., § 2.

[2] Deuteron., 12. 31.—2 Rey., 23. 13.—Jerem., 49. 1.—Amos. 1. 26.—Pratin. 105. 35.

[3] Breton. Monumenti piu ragguardevoli, etc., tom. 1, pag. 409.

hecho antes. *M. Simon* (1) creyó haberla encontrado en la creencia de que se debe la vida á un sér supremo, que existe una obligacion efectiva de inmolarse, y que para comprar esa obligacion no quedaba otro arbitrio que ofrecer otra víctima en compensacion, que ocupara el lugar del que la ofrece; pero el principal motivo parece ser el de *aplacar la cólera de los dioses*, cuya señal evidente eran los infortunios y desgracias. Esta era la opinion que prevalecia entre los galos, y como eran extremadamente supersticiosos, y los Druidas enseñaban que no se podia aplacar la cólera de los dioses, sino comprando la vida de un hombre por la de otro hombre, estos bárbaros sacrificios se multiplicaron extremadamente. (2)

El abate Fenel, tratando de la misma materia, cree que el culto de los celtas tenia su origen de los fenicios, y por base la creencia de que el único medio de apaciguar á los dioses, y salvar la vida de un hombre en peligro de muerte, era inmolar en su lugar otro hombre: « quod pro vita hominis nisi vita hominis redatur, non posse aliter Deorum immortalium numen placari arbitrantur. » (Cesar. de bello Gallic., lib. 6.) Debe ofrecerse, decian, á los dioses, la víctima mas

(1) Memoires de litterature tirés des registres de l'Academie royal des Inscip., etc., tom. 5. De devoumens de Romains pour la Patrie, pag. 344.

[2] Memoires de litterature tirés des registres de l'Academie royal des Inscip., tom. 41. Observations sur la Religion des Galois, etc., par M. Freret, pag. 23.

excelente, y como nada hay mas excelente que el hombre, las víctimas humanas eran el sacrificio mas agradable á la divinidad: inmolaban de preferencia á los culpables; pero á falta de criminales, sacrificaban sin escrúpulo á los inocentes.

No hacian, como se ve, estos sacrificios abominables por crueldad, por derecho de represalia, ó por los trasportes de una cólera ciega, como lo practicaban otras naciones; sino con sangre fria, con designio formado y por principio de religion, en consecuencia de un dogma fijo y fundamental. (1)

Augusto prohibió esta práctica á los ciudadanos romanos en la Galia; pero la completa abolicion en ella, fué obra del emperador *Claudio*.

Suetonio se la atribuye, y no hace mencion del reglamento de Tiberio. (2)

§ 9.

Algunos creen, que esta práctica sangrienta pasó del Africa al Nuevo Mundo, apoyándose para esto, como lo hace Martinetti, en el dicho de algunos his-

[1] M. l'Abbé Fenel, lugar citado, pag. 315.

[2] Suetonio Claudio, n. 14.

toriadores que afirman haberla encontrado los españoles en las islas que están situadas en frente de ella. (1)

El Padre Márquez, (2) el P. Rivadeneira (3) y Luis Vives (4) aseguran haber leído, que en la Carolina se veian estátuas de cobre ó bronce de los dioses que allí adoraban, huecas por dentro, las manos juntas y arqueadas, en que acostumbraban meter los niños y jóvenes, que inmolaban y quemaban cruelmente en las cavidades de esas estátuas, y eran encendidas por el fuego, y que recibian el calor del aire.

Los indios practibaban los sacrificios humanos, inmolando no solo á sus enemigos, sino tambien á los extraños, á sus parientes, y aun á sus propios hijos. (5)

Acosta dice sobre esto lo siguiente: «Manifestum « vero est inter istos innumerabiles innocentum cœ- « des perpetrari cum et aboius. Quoque capiunt et « trucidant et in suos quoque immaniter sceviunt

[1] Collesione clasica, tom. 3, § 30, pag. 121.

[2] Gubernat christ, lib. 2, cap. 30, pag. 333.

[3] Lib. 2 de Princip. christ., cap. 35.

[4] Anott. ad D. August, lib. 7, de civit Dei, cap. 19, pag. 362.

[5] Solórzano. De Ind. jure, tom. 1, lib. 2, cap. 12, n. 54.—Pedro Mártir. Decad. novi orbis, pag. 59.—Fr. Gerónimo Roman, lib. 1 de Rep. Ind., c. 11 y siguientes.—Marquard. Trac. de Ind. et infid. 1 parte, cap. 14, p. 57.

« pueros foeminas, et miserabile genus neci dantes,
« adeo ut eruore humano, macelli cujusdam instar,
« *per multa loca redundare comperta sint*. Quarum tes-
« tis locup les esse potest Mexicana Proventia. » [1]

§ 10.

Respecto de la Nueva España lo atestigua Torquemada, Monarch. Ind., lib. 6, cap. 33, y lib. 7, principalmente el cap. 17, y contrayéndose á los Mexicanos Acosta (2), Bater (3), Cortés (4), Herrera (5) y Dávila (6), agregando Laurent (7) y Majel (8) que en la ciudad de México se inmolaban mil en un día, algunas veces cinco mil, en varios lugares mas de veinte mil, y todos los años sesenta mil; en lo cual puede haber alguna exageracion, porque con tales sacrificios, las guerras y diversas causas de mortandad, la poblacion no habria sido tan crecida.

(1) Lib. 2.º de Procur. Ind. salut. cap. 3.º, in fine.

(2) Hist. Moral. Ind., lib. 5, caps. 20 y 21.

(3) Relat. univers. 4.ª part. lib. 1.º, pág. 22, y lib. 2, pág. 28.

(4) Carta á Carlos V.

(5) Dec. 2, lib. 7, cap. 12 y 18. Dec. 3, lib. 1, cap. 15, 16, 17, 20, lib. 2, cap. 11 y siguientes.

(6) Hist. de Méx., Ord. Pred., lib. 1, caps. 24 y 25.

(7) Comment. ann. Dom., 1558.

(8) Dieb. canic., tom. 2, colloq. 1, pág. 79 y tom. 1, colloq. 23.

La extension que tomó esta bárbara costumbre en todo el Nuevo-Mundo, se encuentra comprobada respecto de los de la isla de Santo Domingo por F. Alfonso Fernandez; (1) de los de Yucatan, (2) de los de Tlaxcala (3), de las de Guatemala (4), Nueva-Granada (5), Chile (6) y el Perú (7); respecto del cual aparece de una cédula de Felipe II de 18 de Enero de 1552, y de lo expuesto por varios autores, que habia la costumbre, como se ha dicho, de matar cierto número de indios cuando moria algun *cacique*, para enterrarlos con él, ordenándose en la expresada cédula que no se permitiera semejante costumbre.

El Baron de Humboldt, al hablar de los pueblos de la Guayana de la América del Sur, hace una observacion que es digna de trasladarse en este lugar. « Sábese, dice, que la *antropofagia* y el hábito de « los sacrificios humanos, que se hallan allí reunidos, « se encuentran en todos los puntos del globo, y en los « pueblos de razas diferentes; pero lo que me llama la « atencion en el estudio de la historia, es el ver que « los sacrificios humanos se conservan en medio de una

[1] Hist. Ecclesiast., nost. temp., lib. 1, caps. 42 y 43.

[2] Herrera. Dic. 4, lib. 10, caps. 3 y 4.

[3] Herrera. Dic. 2, lib. 6, cap. 15.

[4] Fr. Alonso Fernandez. Hist. Ecclesiast., nost. temp., lib. 1, caps. 42 y 43.

[5] Id. id., caps. 46, 47 y 48.

[6] Id. id., cap. 55, pág. 188.

[7] Garcilazo, lib. 1.º Coment. cap. 9 y siguientes y todo el lib. 2. Herrera, Dic. 5, y todo el lib. 1.

« civilizacion bastante adelantada, y que pueblos que
« se honran en devorar los prisioneros, no son siempre
« los mas estólidos y feroces. » (1)

§ 11.

Ademas de estos sacrificios habia otro entre los mexicanos muy notable, porque solo tenia lugar en ciertas ocasiones, destinándose á él los prisioneros mas afamados por su valor; este era el *sacrificio gladiatorio*: ejecutábase en un sitio espacioso, y á él concurrían multitud de espectadores; los combatientes se atacaban con esfuerzo varonil, especialmente al prisionero, cuya vida dependia de esta lucha á muerte; la victoria en tales casos era muy aplaudida y acompañada de las mas vivas demostraciones de júbilo: tanto mas, cuanto que el combate era desigual; pues el prisionero peleaba atado de un pié sobre una piedra destinada al efecto, llamada de *temalacatl*, sin libertad, por tanto, en sus movimientos, y con armas inferiores á las de su adversario, que podia mejor escapar de los golpes que le dirigia, del todo libre y desembarazado, para tener sobre él mayores ventajas: esto nos trae á la memoria los combates de gladiadores entre los romanos, espectáculos bárbaros y sangrientos, en que perecían tantos hombres, y que segun *Virgilio*, tuvieron su origen de la costumbre de inmolar víctimas humanas sobre la tumba de los guerreros muertos en el campo de batalla; (1) á estos combates, solo eran destinados al principio los cautivos, esclavos, ó delincuentes; teníanse en el anfiteatro en presencia de un número inmenso de espectadores, y los que en ellos salían vencedores, eran recompensados por su valor y destreza.

[1] Viaje á las regiones septentrionales, tom. 3, lib. 7, cap. 23, pág. 262.

diadores entre los romanos, espectáculos bárbaros y sangrientos, en que perecían tantos hombres, y que segun *Virgilio*, tuvieron su origen de la costumbre de inmolar víctimas humanas sobre la tumba de los guerreros muertos en el campo de batalla; (1) á estos combates, solo eran destinados al principio los cautivos, esclavos, ó delincuentes; teníanse en el anfiteatro en presencia de un número inmenso de espectadores, y los que en ellos salían vencedores, eran recompensados por su valor y destreza.

El primer espectáculo que presentaron los gladiadores en Roma, fué el año 590 de su fundacion, bajo el consulado de *A. Claudio* y de *M. Fulvio*; las armas que usaban eran distintas segun su denominacion: los llamados *segistores*, llevaban espada y clava con plomo en la extremidad; los *Thracas*, una especie de cuchilla ó cimitarra: los *Mirmillones*, escudo y falce; los *Retiani*, un tridente en una mano, y una red en la otra; los *Hoplomachi*, el escudo y todas las armas, como lo indica su nombre griego; los *Spidatori* ó *Procoatores*, toda clase de armas; los *Dimachacri*, un puñal en ambas manos; los *Essedari*, combatian sobre carros; los *Andavatae* á caballo cubierto con una venda; los *Moridiane*, llevaban espada; los *Bestrari*, combatian con las fieras; los *Fiscales cesariani* ó *Paculati*, á quienes se daban otras denominaciones, eran

(1) *Virgilio*. En. X. 518.

pagados por el Fisco; los *Catervari* eran los que se tomaban de todas las clases, y combatian contra muchos otros. (1)

(1) Pistolesi. Real Museo Borbón., tom. 1, tav. 47, página 220.

CAPITULO LXII.

1. Las fiestas como actos religiosos entre los indios. Fiestas al Dios Gipe, á Tlaloc, á Huitzilopochtli, y á otros que se mencionan.—2. Tipo particular de las ceremonias con que las practicaban, su diferencia comparadas con la de otras naciones. Fiestas de los griegos, de los judíos, y de los egipcios.—3. Las de los asirios, y toda la Asia occidental, y las de los persas.—5. Fiestas notables del Indostan, y otras que se mencionan.—5. Carácter de las fiestas de los griegos, y de los romanos.—6. Semejanza que descubre Clavigero entre las Lupercales, y la fiesta de la diosa *Ilameteuctli*.—7. Superioridad de las fiestas de los indios bajo el punto de vista moral, comparadas con las Itifalias, las Bacanales, y las de Flora y Clovis.—8. Fiestas entre ellos de la renovacion del fuego y lo que recuerda de las naciones antiguas.

§ 1.

Despues de los sacrificios, deben ennumerarse las fiestas entre los actos religiosos que practicaban los